

ECONOMÍA POLÍTICA DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE BARCELONA

JUEGOS Y JUEGO

¿Son los Juegos Olímpicos de Barcelona, en primer lugar, una fuerte inversión directa concentrada en un espacio y en un lapso de tiempo relativamente pequeños? Responder a esta pregunta puede ser útil, en un primer momento. La inversión total programada es de 654.000 millones de pesetas. Pasado 1991, la cifra parecía haber aumentado hasta 770.000 millones. El período de tiempo en que esta inversión se realiza es muy corto: 1987-91/92, y el espacio es excepcionalmente pequeño: el término municipal de la ciudad de Barcelona, aunque, naturalmente, hay inversión en las subáreas olímpicas.

Para saber si esta cifra —que, probablemente, acabará acercándose a un billón— es una cifra importante, tenemos que compararla con otras magnitudes. La macromagnitud más imponente de la que se dispone es el Producto Interior Bruto, el PIB, que en Cataluña, en 1991, es aproximadamente de diez billones de pesetas. Los Juegos —un billón en cinco años— significan un 2% del PIB catalán. No son ninguna friolera, por lo tanto.

Si comparamos la inversión en los Juegos con los gastos en juego, el resultado puede ser interesante. En Cataluña, la gente se gasta anualmente 546 millones de pesetas en juego. Más de medio billón. Como estamos hablando de cifras oficiales, la cantidad es, seguro, mucho más alta. Pero como las cifras de los Juegos que utilizamos también son legales, la comparación puede continuar. Gastamos anualmente en juego el doble que en Juegos. ¿Quiere esto decir que los Juegos no han producido la ola de bienestar colectivo esperada y la gente continúa en el juego, esperanzada o viciada? ¿O bien que somos un terrible país de jugadores que lo engulle todo: Juegos y juego? ¿O, más aún, que la euforia producida por los Juegos —el PIB catalán crece por encima del español desde 1987— ha animado a la gente a jugar más que nunca, quizá pensando que se trata de una euforia transitoria?

JUEGOS Y EXPO

Si comparamos la cifra global de la inversión en Barcelona con la de la Expo de Sevilla, los resultados pueden ser atractivos: en el mismo papel público donde se dice que la inversión total en Barcelona es de 654.000 millones, se dice que en Sevilla es de 800.000 (así, en cifras redondas). Si hiciéramos una ponderación muy simple, la inversión por habitante, el resultado es chocante: la inversión por cada barcelonés es de 384.000 pesetas, y la inversión por cada sevillano es de 1.143.000 pesetas. Es evidente que algunas inversiones (autovías, el llamado eufemísticamente «nuevo

acceso ferroviario», etc.) empiezan bien lejos de Sevilla: en la ciudad de Madrid.

Es decir, los Juegos son importantes como inversión para Barcelona, pero la Expo es relativamente mucho más importante, en volumen de gasto, para Sevilla. El eje Sevilla-Madrid se refuerza, mientras que el eje mediterráneo es frenado, desde fuera (y el eje cantábrico entra en una fase de envejecimiento grave).

JUEGOS Y MERCADO MUNDIAL

Los Juegos —y, en menor medida, pues no incluye espectáculos de competición y/o azar, la Expo— son el estímulo para la creación de un monopolio de tiempo limitado. Es decir, durante cuatro años y, especialmente, durante quince días, un punto del planeta pasa a ser único, y es observado, consumido, por el resto. Ningún otro punto goza de esta situación privilegiada. Las cadenas de televisión, por ejemplo, compiten, entre ellas, por ser las únicas en informar de los acontecimientos, deportivos en este caso, que se suceden en este punto. La NBC pagará 450 millones de dólares por retransmitir los Juegos a Estados Unidos. Los derechos de retransmisión al resto del mundo también son importantes. Europa: 90 millones; Japón: 62 millones; Australia: 33 millones; Canadá: 16 millones; Nueva Zelanda: 5,9 millones.

Por otro lado, unas 50.000 personas, espectadores y turistas aparte, se desplazan a la ciudad elegida en calidad de deportistas, árbitros y jueces, periodistas o policías. Estos movimientos de población tienen un solo destino: la sede (y, eventualmente, la subsele) de los Juegos.

En un mercado fuertemente competitivo, el hecho de que una determinada área urbana cuente con una ventaja especial —transitoria en el tiempo, pero real— tiene una importancia sin duda evidente. Puesto que únicamente esta área puede ofrecer un producto —esencialmente: la belleza y la emoción de unas competiciones deportivas de alcance mundial— que, por definición, es limitado. Y por lo tanto, si existe demanda,preciado.

La competencia, a nivel mundial, se mueve en diferentes niveles: existe la competencia entre Estados (o entre comunidades de Estados), existe la competencia, más sectorializada, entre grandes empresas multinacionales, y existe la competencia entre puntos, entre ciudades. Naturalmente, estos tres niveles, que son autónomos, están conectados. Las ciudades, por ejemplo, son, en parte, conglomerados de fragmentos de multinacionales, y son —o no— capitales de Estados. Las multinacionales tienen —o no— una sede central importante, o por consolidar. Los Estados —frecuentemente menores que muchas multinacionales— cuentan con elementos básicos: territorio, moneda, monopolio de la violencia. Una ciudad, cada cuatro años, puede ser olímpica. Ni las multinacionales ni los Estados tienen esta opción; no pueden, pues, gozar de estas rentas de monopolio legal (que tiene, con el fin de que la competencia no desaparezca, una breve duración).

La competencia, a nivel mundial, se mueve, también, en el plano de las ideas. Cada sistema —o subsistema— de ideas, cada cultura filosófica, compite con las otras. Para las ideas también existe el mercado. Hay que estar en él, o desaparecer, o sumergirse. Puede que ésta sea la razón por la

que, desde 1896, los Juegos son, en general, unos Juegos europeos, e incluso unos Juegos centro y noreuropeos. Pues el «milagro europeo» ha sido, de entrada, un milagro de la Europa central y nórdica.

Barcelona es una ciudad con unas fuertes potencialidades que no desaparecieron durante el larguísimo período de autoritarismo fascista (1939-75), gracias a una insólita capacidad de resistencia. La ciudad genera una cultura de progreso que aspira a ocupar un lugar en el mundo. Las brillantes individualidades poseedoras de auténticos «monopolios personales» saben que forman parte de un tejido social excepcional (donde, por ejemplo, han convivido el anarcosindicalismo moderno y el frentepopulismo, la pasión por la innovación técnica, científica o artística y el miserabilismo verdagueriano, el localismo más duro con el cosmopolitismo más extravagante). La apuesta de Barcelona por los Juegos Olímpicos (y, antes, en 1929, por la Expo) es una apuesta económica, pero es, también, una apuesta cultural.

JUEGOS Y ESTADO

Los Juegos —como la Expo de 1929— son una forma para que el Estado español invierta más allá de su lugar tradicional de inversión, Madrid. Los Juegos llegan en un momento en que Madrid se ha convertido, bajo el franquismo, en una ciudad enorme, que se mueve en los límites de la racionalidad económica, dada la inexistencia a su alrededor de un sistema de ciudades que articule un entramado industrial que, en su entorno, esté conectado con Europa. Hasta hace bien poco, Madrid ha sido la única gran ciudad europea aislada físicamente del continente (es decir: sin formar parte de la red de autopistas). La joven democracia de 1977-79 es una democracia reflexiva, parece. El apoyo del alcalde de Madrid, el socialista marxista Enrique Tierno Galván, a la candidatura de Barcelona, presentada por Narcís Serra, es, en este contexto, un signo de racionalidad (como lo es la creación de las tres comunidades autónomas de Madrid, Castilla - La Mancha y Castilla - León, jamás previstas en toda la historia de la planificación tecnocrática anterior a la democracia).

El Estado invierte, por fin, en Barcelona. El Estado tiene el 51% del capital de Barcelona Holding Olímpic, sociedad anónima, HOLSA, que reúne a las principales empresas creadas por el COOB'92: Anella Olímpica de Montjuïc, AOMSA, Vila Olímpica, VOSA e Institut Municipal de Promoció Urbanística, IMPUSA. El Estado, directamente, hace un nuevo aeropuerto en el Prat de Llobregat. El Estado, por medio de la Generalitat, invierte en la universidad del deporte y en los enlaces de autopistas.

Los Juegos son el estímulo de una —¿circunstancial?— desviación en las localizaciones de la inversión pública. Como las autonomías. Pero con una ventaja: la concentración, la focalización en un punto (tres, si contamos Sevilla y Madrid). Con los Juegos, la cultura de Barcelona vuelve a estar presente en la cultura política del Estado. Los barceloneses —y, en general, los catalanes— vuelven a tener un peso específico y propio en algunos de los lugares-clave de la política del Estado, en España. No se trata de una presencia especializada, en determinadas áreas, sino de una presencia cultural, multiforme, en muy diversos campos y actividades.

Al mismo tiempo, con los Juegos, la cultura de Barcelona se vuelve a proyectar al mundo. Con más medios, con una nueva experiencia.

¿EN QUÉ INVERTIMOS?

Una inversión importante, un mercado mundial, un Estado que se descentraliza, una proyección mundial: sin embargo, ¿en qué invertimos? De los 646.000 millones de pesetas, casi un tercio (196.000 millones) van destinados a la infraestructura viaria. Básicamente a cinturones, anillos, enlaces y túneles. Es decir: a la industria del automóvil, que sin este tipo de inversiones públicas difícilmente podría mantener sus ritmos actuales de ventas. No obstante, se trata de inversiones muy localizadas en el minúsculo término municipal de Barcelona, donde afortunadamente hay un crecimiento de la población ligeramente negativo. Y se trata, además, de una opción para el automóvil de uso privado y casi individual (teniendo en cuenta que el uso familiar sería, sobre todo, extramunicipal). La opción es, como mínimo, discutible, pues la mayor parte de estudios suscitados por la misma administración presentan, como alternativa, el transporte de uso público y colectivo, y un segundo «ocho ferroviario» catalán, que conecte el metro de Barcelona con el metro del Vallès i el metro del Maresme.

La inversión en viviendas (149.000 millones) y en equipamientos deportivos (141.000 millones) sigue, en volumen, a la inversión viaria. Por lo que respecta a las viviendas, los Juegos han generado un nuevo barrio de 1.814 viviendas dentro del antiguo término municipal de Sant Martí de Provençals, donde se localizan, en 1988, 83.810 viviendas. Cabe mencionar que las viviendas de Sant Martí, en conjunto, presentan graves problemas: de estas 83.810, unas 2.079 no tienen ningún tipo de baño y 34.058 sólo tienen un «baño auxiliar», rudimentario. Hay unos 14.000 sin gas canalizado, y 25.803 sin ascensor. Sin embargo, las nuevas viviendas van destinadas, debido a su relativo elevado precio de venta, a los habitantes de los barrios más ricos de la ciudad. Los compradores proceden del Ensanche (28%), Sarrià / Sant Gervasi (22%), Gracia (12%) y les Corts (9%). Así, pues, como en 1929, la vivienda continúa siendo la gran ausente de los Juegos.

La inversión en equipamientos deportivos es importante, si bien se han reutilizado y remodelado equipamientos ya existentes. No obstante, la pregunta es si los campos de juego y de práctica deportiva son el tipo de equipamientos más necesario desde la óptica de una sociedad inmersa en un rapidísimo proceso de cambio, en el cual el factor «trabajo vivo» va siendo desplazado poco a poco por el factor «inteligencia general». Si esto es así, la inversión en capital humano parece prioritaria. El deporte no parece ser un estímulo importante para la inteligencia colectiva. Y, al mismo tiempo, falta en Barcelona una cosa tan básica como bibliotecas públicas (en el supuesto de que una biblioteca pública es una biblioteca abierta hasta, por ejemplo, las doce de la noche y, naturalmente, abierta sábados y domingos. Como, por ejemplo, la biblioteca —privada— del Ateneu Barcelonès).

La fuerte inversión en instalaciones deportivas no sería por sí sola negativa si no excluyera o pospusiese, de hecho,

otras inversiones que, en el período de mutación histórica que probablemente vivimos, tienen un carácter estratégico.

Ahora bien, todavía se encuentran en el abecé los laboratorios, institutos o centros de investigación encarados al futuro próximo, basados en la generación de Nuevos Materiales, Nuevas Tecnologías, y nuevas formas de organización. Y las cinco universidades de Barcelona (o las diez de Cataluña) tienden a ser, cada vez más, una prolongación de la enseñanza general básica.

En este contexto, el paquete de inversiones en informática y telecomunicaciones ocupa el cuarto de los cinco sectores de la inversión pública de los Juegos, con una inversión total de 76.000 millones de pesetas. Las dos torres de comunicaciones —Collserola y Montjuïc— son el símbolo de este sector.

A pesar de ello, las tarifas telefónicas en Barcelona continúan siendo mucho más caras que en Estados Unidos. Y los recibos no incluyen, como hacen las compañías norteamericanas, ningún detalle de las llamadas (día, duración, número, tarifas). El monopolio telefónico ha sido más fuerte que el impulso, en muchos aspectos democratizador, de los Juegos.

LAS ÁREAS OLÍMPICAS

El resultado final, en lo que respecta al espacio, radica en la definición, o redefinición, de cuatro áreas olímpicas. De hecho, el área principal, la de Montjuïc, es el área definida como gran opción en 1914 por los artífices de lo que acabaría siendo la Expo de 1929. Se trata, pues, de volver a disfrutar de los equipamientos al aire libre (o cubiertos) de la montaña de Montjuïc. Una zona donde, además, se han ido localizando grandes complejos culturales, comerciales y lúdicos.

El área de la Villa Olímpica se localiza al lado de lo que fue el espacio destinado a la Exposición de 1888. Por lo tanto, también aquí se ha tenido en cuenta el referente histórico. O, si se prefiere, la obsolescencia de las instalaciones industriales de lo que fue el «Manchester catalán» abre el paso a una operación de cambio de uso del suelo beneficiosa sin duda para sus propietarios. Ahora bien: la reutilización de fábricas y almacenes en la línea de lo que se hace en Amsterdam, Londres, Nueva York —la multisala de conciertos Zeleste sería un buen ejemplo de ello—, hubiera sido, posiblemente, más interesante culturalmente, más útil socialmente y más eficaz políticamente.

Si nos fijáramos únicamente en las dos áreas principales, podríamos afirmar que la Barcelona del 92 no ha cambiado, que continúa siendo la ciudad que se organiza entre Montjuïc y la Ciutadella.

El área de la Diagonal se basa estrictamente (excluyendo el Pabellón del Hospitalet) en el uso de unos equipamientos privados en torno a la avenida, que consolida su prestigio social en los años cincuenta.

La gran novedad es, entonces, el área de la Vall d'Hebron. El área donde ha sido mayor el esfuerzo por combinar medio natural (un valle entre la sierra de Collserola y Tres Turons), medio histórico (el Laberinto de Horta, las masías), especialización hospitalaria, vanguardia política (centros y ateneos de Nou Barris, de la Teixonera, de Montbau, del Hospital de la Vall d'Hebron) y lucha contra un espectro muy amplio de marginación social. No obstante, la Vall d'Hebron no es el

único reducto de la nueva pobreza. Dentro y fuera del municipio de Barcelona son bien conocidas las áreas donde el porcentaje de los desocupados es preocupante. El área de la Vall d'Hebron puede ser un modelo, pero probablemente se convierta en un espejismo: la enorme inversión que se ha hecho allí es difícil que se pueda repetir en todas las áreas de bajos niveles de renta por habitante.

PARALELOS

No cuesta mucho situar todo el proceso constructivo —y todo el debate cultural— en el entorno de la Barcelona olímpica y postolímpica en el contexto del modelo de la Gran Barcelona diseñado entre 1901 y 1917. Los paralelismos son tan evidentes, las coincidencias tan flagrantes, que la comparación resulta casi obvia:

1. El mismo interés, entonces y ahora, desde Cataluña, por motivar la inversión pública de un Estado fuertemente focalizado en el entorno de Madrid, capital política.

2. La misma necesidad de infraestructuras viarias y de redes para tratar de articular un tejido industrial potente, pero frágil.

3. La misma ausencia de sistema financiero propio, de banca catalana, y, por tanto, el mismo recurso a la banca española, con coincidencia incluso en el banco que se ocupa de la tesorería (el Banco Hispano-Colonial, que se convirtió, al acabar 1901, en banquero del Ayuntamiento de Barcelona, sería absorbido en 1950 por el Banco Central, el cual se ha fusionado con el Banco Español de Crédito, que es el banquero del COOB).

4. El mismo interés en movilizar —por vía de elecciones, por ejemplo— amplios sectores de la población en el entorno de una meta inicialmente urbanística.

5. La misma capacidad para seducir la opinión pública nacional e internacional a través de medios parecidos: el alto nivel de creatividad de los publicitarios y publicistas catalanes.

6. El mismo desinterés por dos cuestiones centrales: la construcción masiva de viviendas confortables y a precios razonables, es decir, susceptibles de ser adquiridos por la pequeña burguesía, los funcionarios y los trabajadores de la industria y los servicios. Y el establecimiento de una red de transporte público colectivo que sea una alternativa real al transporte privado individual.

7. La similitud llega a ser casi total si observamos los espacios físicos elegidos para concentrar las inversiones: el área de la montaña de Montjuïc, la gran opción de 1917, donde incluso se recupera el mismo estadio olímpico (y la misma ambientación Art-Déco) y el área de la antigua Ciutadella, derruida en 1869, ampliada ahora hacia el suburbio que lleva el nombre de Poblenou. Durante el 92, Barcelona no se ha movido, casi.

BURGUESÍAS Y NO...

En 1929, siguiendo el esquema de A. Cirici, había tres burguesías:

- a) la burguesía liberal-conservadora ligada a la industria;
- b) la burguesía monopolista vinculada a la construcción y subordinada a la gran banca;
- c) la burguesía de las profesiones liberales.

Simplificando, cada una de estas burguesías tenía, genera-
ba, una cultura, incluso una moral y un estilo.

En el 1992, se mantienen las tres —¿con un peso parecido?—, pero hay una nueva, potente, que en el 1929 ya tenía un cierto peso: la burguesía internacional. Y existe también la «presencia ignorada» de las clases subalternas.

Puede sorprender —o no, depende— la continuidad entre estos dos hitos. Por ejemplo:

a) El papel de un despacho de abogados y economistas, bien conectado con el mundo de la burguesía emprendedora, que se proyecta en Madrid. En 1917 es el despacho de F. Cambó, en 1975 el de M. Roca Junyent y N. Serra (casualmente N. de Carreras, hombre de Cambó, era padrino de N. Serra).

b) La burguesía españolista con vocación populista tiene, en 1917, vestido republicano (J. Pich i Pon), y en 1975, monárquico (J. A. Samaranch). Y el «hombre de Madrid» en Barcelona (S. Roldán), representante de la administración estatal, el presidente del Holding Olímpic S. A., tiene conexiones con el mundo de los negocios catalán.

c) Los profesionales, por ejemplo, los arquitectos, ofrecen, también, líneas de continuidad. Tanto los que piensan en la ciudad-territorio (N. M. Rubió i Tudurí, desde 1920, M. Ribas i Piera, desde 1959) como los de la ciudad construida (O. Bohigas, hijo de un artesano del 29; P. Bohigas; J. M. Milà, hijo de un político del 29, etc.).

Está también, el espacio —casi central— ocupado por las empresas multinacionales y la burguesía internacional, especialmente en la corriente de la reproducción —y mundialización— audiovisual de los Juegos, y en los aspectos de la financiación a corto y medio plazo. Simbólicamente, la arquitectura —y la escultura— japonesa de Montjuïc y la anglosajona de Collserola. Y, la conexión judía de la multinacional Taller de Arquitectura (R. Bofill).

La «presencia ignorada» de las clases subalternas es, como siempre, difícil de detectar, pero existe. El alcalde de los Juegos (P. Maragall) es nieto del primer poeta urbano moderno del país (Joan Maragall). Sabe que Barcelona ha sido la «ciutat cremada» (ciudad quemada) de su abuelo y, desde 1979, ha hecho una mayoría de gobierno con los comunistas (en el 92: E. Vintró, A. Lucchetti y F. Vicens). De hecho, el máximo responsable de los Juegos, el jefe del COOB es un antiguo cabeza de lista del partido comunista (J. M. Abad) y numerosos técnicos de la misma procedencia trabajan en las diferentes áreas municipales.

Por último, existe el contrapeso —aparentemente inexistente, pero real— del comarcalismo. En el Vallès, de un alcalde de Sabadell (J. Moix) a otro (A. Farrés), con el hilo conductor de un sabadellense cosmopolita (P. Vila). En el

Baix Llobregat, sin casi burguesía local, el ensayo es, todavía, más sorprendente. Pero cuenta con gente tan diversa como un teólogo (J. N. García Nieto), un aficionado a la robótica (C. Riba, nieto del poeta C. Riba), expertos en seguridad ciudadana (J. Bosch), eruditos (J. Codina), publicistas (I. Riera), novelistas inéditos (J. Ll. Atienza).

CODA

En junio de 1888, la «revista sociológica» *Acracia* decía:

La burguesía española ha realizado su Exposición Universal. Las ciencias, las artes, la industria y la agricultura agrupadas, más o menos metódicamente, en magníficos palacios, dan asombrosa idea del poder creador, del saber y del trabajo de los hombres. El visitante que carece de sentido revolucionario queda deslumbrado ante tanta magnificencia. El observador que tiene convicciones arraigadas acerca de los derechos del hombre y los deberes de la sociedad, recibe una impresión dolorosa, porque allí, como en toda manifestación burguesa, sólo se ve al capitalista explotador, no al productor que ha librado terribles batallas con la materia y la naturaleza. Allí se exhibe el burgués y recoge diplomas, medallas y fama universal, en tanto que el trabajador que vendió su inteligencia y su poder creador por un miserable salario queda condenado al olvido (*Acracia*, III, 30, pág. 624).

¿Esto vale para la Expo? ¿Los Juegos son algo distintos? ¿Las medallas, quién las recibe? ¿Un país, un Estado, una economía, un trabajador —por pocos años, destinado a reconvertirse— del deporte, de la competición, de la competencia? ¿Y los que no se venden? ¿Los de la «presencia ignorada»? Ellos son, lo dijo el padre de la Economía Política, el origen de «la riqueza de las naciones».

189

Hemeroteca

- ALÒS-MONER, Adela d', «Una proposta cultural per a la Barcelona 92», *Avui*, 16-XI-1986.
- BATISTA, Antoni, «La cara bruta del 92», *Avui del Diumenge*, 10 (1986).
- CARRERAS, Francesc de, «Espanya 92: text i pretext», *Diari de Barcelona*, 5-I-1992.
- CURTÓ I MILÀ, J. E., «Cap a una Barcelona postolímpica», *Barcelona Sindical*, 14 (1991).
- DEPARTAMENT D'ECONOMIA, *Programa de desenvolupament econòmic 1992-1995*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1991.
- EDITORIAL, «Som europeus, estem a l'OTAN, som olímpics. I la vida continua», *Nous Horitzons*, 102 (1986).
- FORNER, Joan, «Barcelona'92, la olimpíada de la "pela", *Mundo Obrero*, 414 (1986).
- FRIGOLA, Ricard, «Gestión presupuestaria de los Juegos Olímpicos, Barcelona 92», *Presupuesto y Gasto Público*, 4/91.
- GRANDE, Tomasa, «Aportación económica del Estado a la conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América», *Presupuesto y Gasto Público*, 4/91.

- LARROSA, Manuel, «1992: la metròpoli a l'Olimp», en VV. AA., *Els ajuntaments i la nova societat catalana*, Columna, Barcelona, 1987.
- MONTSERRAT, Antoni, «53.651 milions d'inversió pública a Catalunya l'any 1986», *Avui*, 17-I-1987.
- REIXACH, Jaume, «La febre del sòl», *El Món*, 237 (1986).
- ROCA, Francesc, *Política econòmica i territori a Catalunya*, Ketres Editora, Barcelona, 1979.
- , «La rica i culta burgesia madrilenya no es preocupa per l'autonomia de la capital», *El Món*, 14-I-1983.
- , «El 88 és al 1901, com el 29 és al 36, com el 92 és al...», *Quaderns d'Alliberament*, 13 (1987).
- ROLDÁN, Santiago, «La funcionalitat de les inversions dels Jocs», *Diari de Barcelona*, 5-XI-1991.
- ROS HOMBRANELLA, Jacint, *Catalunya: una economia decadent?*, Barcanova, Barcelona, 1991. Prólogo de Joan Sardà i Dexeus.
- SANS OLIVER, Josep M., «A votar pels Jocs Olímpics», *El Llamp* (1989).
- SMITH, Adam, *La riquesa de les nacions*, Edicions 62 / Diputació de Barcelona, Barcelona, 1991.
- VANDELLÓS, Josep A., «El gran negoci de l'Exposició», *La Publicitat*, 5-VIII-1932.
- VV. AA., «Economia de Barcelona», *Revista Econòmica de Catalunya*, 10 (1989).
- VV. AA., «La empresa ante el reto olímpico», *Novagestió*, extra, núm. 4.

POLITICAL ECONOMY OF THE BARCELONA OLYMPIC GAMES

THE GAMES AND GAMBLING

Firstly, are the Barcelona Olympic Games a strong direct investment concentrated in a relatively small period of time and space? It can be useful to start with an answer to this question. The total investment planned is 654.000 million pesetas. By the end of 1991, it seemed the amount had risen to 770.000 million. The space of time in which this investment has taken place is very short: 1987-91/92 and the physical space is exceptionally small: the municipal area of the city of Barcelona, and also a certain amount of investment in the olympic subsites.

In order to find out if this amount—which will probably end up being near to one billion—is important, we must compare it with other magnitudes. The most important macromagnitude at our disposition is the Gross National Product, and the GNP in Catalonia in 1991 is approximately ten billion pesetas. The Olympic Games—one billion in five years—means 2% of the Catalonian GNP. They are therefore, no trifle.

If we compare the investment in the Games with the money spent on gambling, the result can be interesting. In Catalonia people spend 546 million a year on gambling. More than half a billion. Since we are referring to official sums of money, the amount is undoubtedly much higher. But since the amounts spent on the Games are also legal, the comparison can be made. Every year we spend twice as much on gambling as we do on the Games. Does this mean that the Games have not produced the expected wave of collective welfare and that people continue to gamble either in hope or due to bad habit? Or that we are a terrible country full of players who will swallow just about anything: Games and gambling? Or even, that the euphoria produced by the Games—the Catalonian GNP rises above that of the rest of Spain since 1987—has encouraged people to gamble more than ever, maybe thinking that this euphoria is only transitory?

GAMES AND THE EXPO

If we compare the total amount of investment made in Barcelona to that of the Expo in Sevilla, the results can be rather attractive: in the same public communication that states that the total investment made in Barcelona is 654.000 million we are told that in Sevilla the amount is 800 (exactly, no more and no less). If we take a very simple weighting, the investment made per inhabitant, the result is shocking: the investment made for every inhabitant of Barcelona is 384.000 pesetas, and the amount invested for every citizen of Sevilla is 1.143.000 pesetas. It is very clear that some invest-